MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

TRES VIENTOS

CHERGUI

Chergui, del árabe magrebí shulûq: viento caliente

Mala fortuna,
presagia el meteorólogo que se derrite
en un televisor de bulbos rancios
como flores muertas,
para aquel que salga de su lecho
cuando el fuego se presente en todo su esplendor.
Sean mansos y quédense tranquilos,
acorten la distancia entre los cuerpos lenta,
antiguamente,
sigan los protocolos del sudor que brota
en torpes llamaradas
del más profundo mediodía.
Cierren postigos y persianas,
hagan del dormitorio un espasmo bermellón
donde el Sahara se desdoble sin riesgo de acabar
con los oasis.
Beban agua,
aljibes, charcas, océanos enteros,
saliven con recelo en los poros,
los pozos insondables de la piel:
no agoten, por Alá, los líquidos secretos
que la aurora ha develado
con tanta precaución.
Busquen el sueño o al menos el ensueño
en manos del marido inclemente,
la esposa de carnes eclipsadas,
el púber pródigo en caricias,
la doncella que merca con visiones:

la vigilia de la razón produce monstruos,
puñales dispuestos a azuzar al asesino
que todos criamos dentro.
No se dejen contagiar por la fiebre del anciano
que en el cuarto de al lado,
el clima inhóspito de al lado,
jadea a punto de ingresar
en un cementerio de elefantes:
pásense la lengua por los labios,
humedezcan sus retinas con las gotas
de una pesadilla apenas recordada.
Piensen en el Rif como si fuera una mujer que arde
y se revuelca bajo el cielo marroquí,
imaginen un muñón en lugar del peñón de Gibraltar:
el brazo de un titán cortado de cuajo
por el soplo de un viento vuelto
soplete furibundo.
Mala, pésima fortuna,
pronuncia el augur televisivo
bajo las aspas del ventilador que gira
con la seductora languidez del áspid,
para aquel que rete a duelo
al chergui:
cien, mil años de locura
traerá siempre la flama en su regazo.